

DISCURSO DEL DOCTOR ARIAS MEJIA

Señor Gobernador del Departamento, Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis, señores:

La vida de los grandes es como la corona magnífica de las naciones y el tesoro rutilante de la humanidad. La tierra es como un almacigo de la Providencia para sus rubias vendimias y para ser a la postre el refugio de huesos áridos a medida que rueda el proceso milagroso del cultivo del hombre, que nace, crece, vive y vuela luégo llevando sus fulgores a la inmensa hoguera de la gloria y dejando en los días con término el polvo inútil, cuyo tronco sirvió tan sólo para el ardor de la llama ideal.

Cuando aquellos que señalaron su ruta aquí en la lidia con obras y proezas triunfadoras; cuando ellos que han sido vértices y mojones de acontecimientos o de épocas, viven todavía la vida perecedora, y cargan el fardo de todas las muchedumbres; cuando caminan a nuestro lado y los vemos destilar el mismo sudor cotidiano que es el tributo de la materia al espíritu, no alcanzamos a comprender entonces la fuente de aromas que han escanciado en la lucha, no sabemos distinguir, en la plena certidumbre de la justicia, la inmensa claridad que van dejando sobre los eriales resecos, ni el signo de eternidad con que han fijado sus huellas en los caminos angustiados.

Pero cae la materia en madurez propicia para el limo e interrumpe su vuelo el ave inmortal. Sobre nuestros ojos atónitos se aflige la verdad y las lágrimas que fluyen son el reconocimiento de nuestro mísero destino que necesita el terreno de la muerte para que brote la flor de la gratitud.



Me hallo aquí, con tímido recogimiento, en nombre de los antiguos alumnos del Rosario y del Instituto Universitario, agobiado por una magna tarea: magna, por tratarse de hacer el panegírico de un hombre de cualidades múltiples, que si hoy asombran por brillantes, vistas de conjunto y al sólo relámpago de la muerte, mañana conmoverán por su constante belleza, cuando su cauda se dilate por todos los ámbitos y cuando las enseñanzas que ha dejado y los ejemplos de ternura que dio y las obras memorables que supo cumplir, sigan rindiendo en todos los suelos sus cosechas espléndidas.

Y es también magna, por tratarse del más oscuro de los discípulos de aquel conductor sapiente, que sólo porta como mérito a este sitio de responsabilidad ponderosa la adhesión incontrastable a la doctrina de quien supo consagrar la plenitud de sus esfuerzos a la gloria de la religión y al engrandecimiento de la patria.

No declaro una verdad desconocida, si afirmo que en los últimos tiempos el colombiano que más honda influencia ha tenido en la cultura del país es Rafael María Carrasquilla. Fue un pródigo sembrador de ideales; exprimió su inteligencia en sacrificio de un apostolado; ofrendó su vida al servicio de fines aptos para la belleza y el bien; fue una oblación tierna, tranquila, sosegada de su corazón magnánimo al culto del deber y del honor; se despojó con voluntario altruismo de su pensamiento interior para repartir afuera, en profusión innumerable, todos los dones con que lo regaló munificamente la mano del Creador. Para esta labor fértil empezó por abrazar el sacerdocio como dote primordial de su desinterés, porque quiso darse en toda su nobleza de espíritu, con todo el ardor de su voluntad, con el máximo renunciamiento de las cosas fugaces que se marchitan al nacer.

Sacerdote, fuego de Dios, hombre que tiene en sus manos la llave del santuario, que puede atar y desatar y a quien es lícito entrar al huerto de la redención a beber por los hombres la sangre divina.

Carrasquilla fue un modelo de sacerdote cristiano; virtuoso, abnegado, justiciero, derramaba su doctrina con dulce entusiasmo y azotaba el error con el poder de su caridad, sin estrépito ni violencia. Dentro de la organización de la Iglesia él pudo adquirir eminentes jerarquías por su alto saber y pulcra discreción, pero a ello se opuso su mismo deseo de ocultarse para ser sólo conductor de un claustro venerando; semillero de héroes, de patriotas y de sabios, cuyas arcadas recuperaron bajo su dirección la firme resistencia de poder soportar las «fábricas de la república».

La memoria se enciende cuando se recuerda la imponente serenidad de aquel hombre, nimbado con la luz de la sabiduría, recorriendo el velo del arcano en el templo solemne ante las multitudes atónitas. Su palabra era una escala luminosa que conducía el alma en ascenso tranquilo a la verdad; sentíase, bajo la comba sagrada, el vuelo del espíritu de Dios, descendiendo al conjuero del ritmo del amor. Pausado, grave, vidente, iba brotando su verbo con la limpia suavidad del milagro y se henchían las amplias naves del himno de gloria y el alma de la muchedumbre se hendía tras el hilo luminoso y excelso en las profundidades recónditas de lo invisible.

Era la fe, eran el amor y el dolor, era la creencia nívea que adquiriría formas impecables; era el hondo problema del misterio que se trasfiguraba en flor de sencillez, era el abismo impenetrable que rasgaba sus sombras ante aquella lámpara potente, encendida en la tierra y con resplandores hasta la eternidad.

Otras veces era la plática ingenua con rumores de arroyo cristalino entrándose a los espíritus con paterna solicitud; veo el recogimiento de la capilla familiar, las filas de alumnos embelesados en aquella ternura de conceptos que se desgranaban con la fácil amenidad de las historias cordiales. Era un pan sencillo y blando, repartido en ágape hogareño; era como una caricia para las almas, que rendían su instinto rebelde al posarse sobre ellas la sedante fruición de la cadencia apostólica.

Y porque fue un gran sacerdote era también un insigne patriota: practicaba que el primer galardón a la república era exaltar la memoria de los grandes, que constituyen el jugo de la raza y el cimiento perenne de la nacionalidad; él sabía que un pueblo se relleva cuando ostenta en su martirologio de libertad y de justicia una falange innumerable de hombres superiores que han sellado con su sangre o con sus hechos el linderó de la soberanía; que las virtudes ínclitas del suelo sólo pueden brillantarse y propagarse a través de las generaciones por el encomio justiciero del corazón agradecido hacia los manes eximios. Por eso de sus labios fluyó en abundancia la oración memoriosa, que iba rimada con el treno de la Iglesia y con el rumor apacible de las armonías de la patria. Ellos, los fundadores y organizadores de la república, recibieron de Carrasquilla el monumento imperecedero en aquella palabra de oro que se yergue perfecta bajo el cielo de Colombia.

A Carrasquilla le correspondió iniciar la obra de su recio apostolado en épocas aciagas; se abrió un ciclo de tormentas y vicisitudes en que pugnaban por asentarse las buenas ideas orgánicas del Estado sobre bases gráníticas, pero que eran dispersadas por el ciclón de las pasiones y por el vendabal ultramarino que galopaba sobre los continentes.

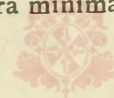
Pero su férrea voluntad era un dique enhiesto con-

tra todos los embates: luchó, porfió, acudió a los mejores propósitos, acopió todas las virtudes robustas que habían de servirle para enderezar la arquitectura armoniosa que levantaría su esfuerzo, y por en medio de los afanes, las fatigas, los sinsabores y las ingraticudes de la incomprensión, se hizo triunfador glorioso de una empresa cuyos relieves resaltan y cuyos contornos rutilan ofrendados al ideal.

De aquí se confirmó tal vez el culto inexhausto a la república que traía por atavismo de sangre y de educación; su deseo de seguir paso a paso, con solícita devoción, el curso fatigado de la historia colombiana, unas veces erizada de violencias innúmeras, otras en aparente bonanza, pero siempre sobresaltada por faltarle la consistencia ciclópea donde pudiera clavarse para siempre una bandera de aspiraciones fraternas y seguir a la conquista de la prosperidad.

Como filósofo, indagó con firme inteligencia la intrincada concatenación de las causas; penetró ávidamente en el recinto austero donde se organiza y se mueve la fuerza del universo; tomó con pulso certero la intrincada máquina, de infinitos voltajes, que preside el curso de los acontecimientos humanos y sobrenaturales, y llegó su mente, con apoyo en los cimientos de la fe, hasta donde Dios imparte su soberanía por los espacios y los tiempos sin límites.

El de Aquino lo vio cerca de sí, mirando extasiado la fuente de la limpia verdad: hundió su anhelo en los vastos horizontes de lo desconocido; descifró el secreto de los más duros y bellos engranajes del sér y convirtióse en sus manos asunto de fácil experimento y solución la incógnita tremenda que hay de lo terreno a lo inmortal y que agobia y aterra nuestra mínima pequeñez.



El literato enorme, el artista insuperable y el profundo humanista se juntaron en Carrasquilla con decoro perfecto. La inspiración manaba de su boca con grácil esplendor; la sencillez, instrumento difícil del buen decir, era manejado por este hombre con maestría singular, haciendo surgir el estilo en finos estambres y encerrando en su forma las concepciones más arduas del arte y de la ciencia. Cuando los ojos recorren una página de aquesta pluma, caminan por un prado abierto, lleno de luz y de color, matizado de gracia, henchido de aromas y cercado con la quietud apacible de un horizonte sin término.

La nobleza de la palabra era hija de su estirpe y producto espontáneo de su corazón; hallaba siempre, aun en los más abstrusos temas del saber, el vocablo puro y transparente que encerrase mayor fuerza de comprensión; aquellos períodos móviles, marchando armónicamente al encuentro de la inteligencia, no desmayaban ni al paso robusto de la carga de ideas que soportaban sobre sí; llegaban en fuerza enfilada hasta su fin y el sustantivo erguiose resuelto y el adjetivo se adornaba con alto donaire y el verbo timbraba su prestancia imperial.

He dejado para remate de este pálido elogio hablar de la virtud más luminosa en el espíritu de Carrasquilla, la que rinde mi gratitud en intensa emoción y la que sin duda movió con mayor ahinco a los organizadores de este clarísimo homenaje.

Hablo del maestro, del educador, del conductor de la juventud. Por este aspecto el mérito de Carrasquilla se dilata en el tiempo y en el espacio, porque la obra realizada echó sus raíces en el corazón mismo de la patria y ha sido el refugio y el amparo de todas las regiones del país.

Había en la siembra una máquina milagrosa que fue

manejada por manos expertas y que preparó los surcos para la prolífica germinación. Pero un día la azotaron los turbiones, se desataron sobre ella las tempestades, entraron a su mecanismo los ensayos profanos, y la mutilaron, la silenciaron y la dejaron comer por la herrumbre; el olvido tendió sobre las éras lozanas su manto de abrojos y ya no volvieron las cosechas a levantar sus racimos que eran el codiciado alimento de la heredad.

Pero vino un hombre que tuvo piedad por aquellas ruinas yacentes; que quiso entregar a la tierra su mente clarísima y su corazón inmenso, y recuperó para la máquina el funcionamiento de inerte armonía y otra vez fue la preparadora de los surcos en la tierra feraz.

Esta fue la obra de Carrasquilla. El Colegio del Rosario agonizaba en la quietud y el olvido; ya no existía la fuerza vital que sopló Torres sobre aquella fundación milenaria; sus hábitos, sus costumbres, sus vínculos, se habían petrificado; el ambiente no era ya la majestuosa tranquilidad de la vida en acción, sino la lúgubre rendición de lo que se muere. Allí estaban los mismos muros soberbios, los mismos arcos potentes, las mismas salas severas, el mismo aroma de lo antiguo, pero estaba extinguiéndose aquel hilo áureo que fue la ligadura del pasado con el presente y el porvenir. Carrasquilla transformó aquella fábrica en el mejor asilo del saber y dejó por legado a la república la más rica construcción espiritual que será duradera mientras aliente en sus recintos la memoria y el ejemplo de este hijo preclaro que ha iluminado con sus hechos la mitad de un siglo de sabiduría nacional.

Van desapareciendo las palmeras egregias de nuestro suelo libre. Si miramos atrás las vemos enfilarse gallardas, triunfales, innúmeras, batiendo la inmensidad. Más cerca las contemplamos a trechos, aisladas, casi solitarias. Estaremos menguando la herencia de gloria que se

nos dio? O vivimos en el centro de un período mustio, que sólo conquista para el futuro contadas unidades de alto renombre, que den lustre al fuero que nos corresponde conservar? Habremos desviado la ruta por donde íbamos al porvenir, entregando los blasones del espíritu para saciar el hambre material?

Yo sólo contesto que Carrasquilla se perfila ahora como uno de los últimos baluartes de una etapa que decrece; que el pueblo no puede pasar en silencio lo que significa esta vida múltiple para su gloria y su poder; que no es posible aventar a la fosa común aquel acopio de virtudes y merecimientos; que tanta enseñanza vertida, que tanto altruismo tributado, que toda aquella oblación rendida a su raza no puede pasar sin prosternarle siquiera la reverencia del dolor. Si el pueblo es verdaderamente grande, si ha brotado de sus raíces un hombre de este temple, aquél debe cumplir con la obligación de su grandeza entregando a la contemplación de la historia su hijo dilecto para que viva en la inmortalidad.

MONS. CARRASQUILLA

El servicio telegráfico de *El Comercio* da cuenta de que ayer falleció en Bogotá el canónigo doctor Rafael María Carrasquilla.

Varón de amplísima cultura, el doctor Carrasquilla había alcanzado nombradía continental como orador y escritor. Vino a Lima como invitado de honor cuando la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho, en diciembre de 1924. En esa oportunidad, con motivo de la inauguración del Panteón de los Próceres, pronunció la oración fúnebre, la que mereció elogios por su estilo galano y la profundidad del pensamiento.

Nació en Bogotá y era hijo de don Ricardo, director del colegio Liceo de la Infancia, en el que se educó, dán-